



La Ventana

Mariana Velilla

LA VENTANA

Por Mariana Velilla

© 2017

Este cuento no tiene ningún valor monetario, interés, ni lucro. Y nadie sabe si lo tendrá. Más sin embargo es un tesoro y para el alma una fortuna.

Obra escrita en 2015.

*Nunca
dejes
de escribir.*

tu lector frecuente



No tengo un sueño plácido desde hace más de cinco meses.

Mi cuerpo ha recibido pastillas, gotas, música clásica y algunas substancias tóxicas, pero nada ni nadie ha conseguido que mis ojos se cierren y mi cuerpo descance un poco. Tengo sospechas que es el sueño quien no me quiere a mí. El sueño no me quiere dormir.

Alguna vez, en una sala de espera para una cita médica, leí que las personas que no concilian el sueño confunden lo real con lo irreal. Sus pensamientos se nublan. Aunque en el caso mío, he llegado a sospechar que no tengo nada en la mente. No tengo en que pensar, por ende, no tengo con qué soñar.

No duermo, no sueño, no pienso....tampoco como.

Mucho antes de que el sueño me dejara de querer, el apetito ya me despreciaba. Al rechazarme, dejó conmigo sus sinsabores. Antes me fascinaba comer. Pero ahora con tan solo oler la comida me dan ganas de vomitar.

Antes no era así, yo jamás vomitaba. Salvo esa vez. Si. Cuando estaba embarazada. Pero mi embarazo me dejó de querer...mi bebé me dejó de querer. Se desplomó de mí.

El único sueño que puedo recordar es con un bebé. Lloraba fuerte mientras que yo estaba tendida en mi cama mirando al techo. Llevaba una bata blanca y pronto se acabaría el cigarrillo que decoraba mi mano. Olía a quemado. Sin embargo, yo no me inmutaba. Hubo silencio de un momento a otro. Las sabanas blancas de mi cama empezaron a moverse y de ellas salió un hombre. Ahora mismo no me acuerdo de su cara, es como si se hubiera borrado de mi memoria, o como si mi memoria no quisiera que lo recordara. -Ahí está -me dijo. Mis manos recibieron una fresa delicada y decaída. Cuando me aferré a ella se me escurrió de las manos y de ella nació un líquido rojo que manchó por completo mi cuarto y mis sabanas. Pero yo no me di cuenta de esto, pues yo, echada en mi cama, solo miraba al techo.

Hoy decido pararme de la cama. Renuncio a este tema de intentar dormir así sea con los ojos abiertos.

El sueño se demora en volverme a querer. Me pondré mi suéter de lana gris y mis zapatos morados. Ahí está, de pronto un té me haga sentir mejor. Iré caminando para ver si el clima ha cambiado.

¡Qué capricho tiene el calor de querer a esta ciudad! No me quiero quitar el suéter. El desamor y el desconcierto le han sacado a mi cuerpo todo el jugo y han dejado tan solo algunos huesos pegados a mi piel. El calor de la ciudad me hace sentir cansada y débil.

Descansaré aquí. Aquí en este banquito.

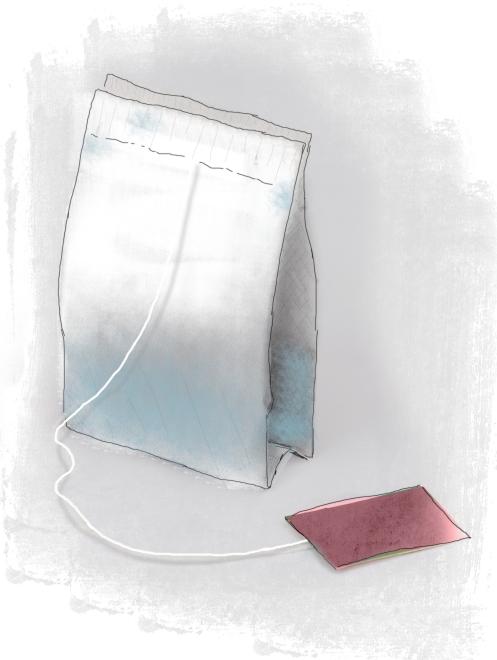
“Edificio Realeza”. ¿En qué momento han construido tanto en esta ciudad? Todo está saturado de gente. No hay manera de respirar bien entre tantas caras, entre tantas palabras y tantos dilemas. Por eso respiro mejor en mi departamento.

El edificio lleva un color verde pastel y partes de él se ven despintadas. Como si el mismo edificio ya se hubiera rendido ante la realidad de su vejez.

Todas las ventanas están cerradas. El primer piso tiene cortinas azul bebe con flores pequeñas de color blanco, parece algún tipo de encaje refinado. ¿Qué persona habrá escogido esas cortinas para su departamento? Seguramente alguna anciana solitaria que se pasará sus tardes comprando telas. O de pronto alguna joven muy delicada y muy femenina en su gusto. O de pronto nadie, están ahí porque la persona que vive allí no tiene ganas de poner otras. “Lo que hay es lo que se usa”...diría. Y de pronto esa persona tenga una vida tan miserable como la mía, y esté allá dentro, detrás de esas cortinas pensando si hay alguien que tendrá una vida tan miserable como la suya.

Tal vez se quiera morir o tenga muchas ganas de vivir. O de pronto lo único que hace es dormir. De pronto es aquella persona detrás de esas cortinas la que ha hecho que el sueño no me quiera a mí. Debe estar comiendo, pensando y soñando.

¿Qué soñará? No sé. Lo que sí sé es que esas cortinas no pueden ser de alguien que se encuentre feliz, o de alguien que tenga una vida menos miserable que la mía. A menos que no haya nadie. A menos que el departamento esté sólo y despoblado, y que lo único que repique en sus paredes sea el sonido del silencio. Ahí todo cambia, pues sería a este departamento el que han dejado de querer.



Pero no sé porque ese primer piso, esa ventana y esas cortinas me dan este sentimiento de melancolía. Se mueven lentamente con algún resto de viento que se origina desde adentro. Debe haber alguien.

De pronto alguien llora. Desconsoladamente. La vida le ha hecho el corazón añicos y no tiene como más expresarse sino con este estúpido llanto que se ha vuelto ya tan cotidiano. O de pronto hay algo pasando allí dentro. De pronto la misma vida me ha puesto a mí aquí para conocer a la persona del primer piso con cortinas refinadas.

Algo en mi me empuja a subir. Quisiera ir corriendo al primer piso. Pero... ¿Qué diría?... “Me gustan tus cortinas”.

Siento la necesidad de ir hasta allá. Es como si alguien allí dentro necesitara de mí. De este desastre que no puede dormir.

Algo movió las cortinas. Una sombra. ¿Alguien estaría observándome? Su rozar con las cortinas me coqueteó osadamente. Definitivamente hay alguien allí y me está acechando. Siento unos ojos grandes que no espabilan puestos en mí. Debo ir hasta allá, ver qué pasa. Subiré.

Hago un esfuerzo para levantarme del banquito pero siento temor. Hay una fuerza empujándome a quedarme donde estoy o a regresar a mi casa.

La puerta está sin seguro. Todo está apagado pero el desorden dice que hay alguien dejando rastros. Caminaré despacio. Si me encuentro a alguien no sé qué diré.

Ahí está la cocina, dos cuartos, el comedor...y la cortina. Pasaré rápido para que nadie me vea desde afuera. ¿Y si hay alguien observándome desde abajo? ¿Y si vio que subí a su departamento? Miraré por la cortina un instante.

Sólo hay una joven sentada en un banquito. Se ve desconcertada. Lleva un suéter de lana gris, por lo menos hay alguien más que tiene esperanzas sobre este clima.

Un ruido. Sí, escuché algo. Hay alguien aquí. Tengo que salir de aquí. Si me encuentro frente a frente... ¿Qué diré? ¿Por donde salgo? Sólo está la ventana. Me tiraré.

Escucho pasos y veo la sombra que se acerca a mí. Saltaré ya. Uno, dos, tres...

Caí bien. Acostada. Todo está bien. Me pesa el cuerpo y estoy agotada.

Que bueno es estar acostada, en mi cama,
simplemente
mirando el techo.

¿fin?

